

DECIMA CUARTA CONFERENCIA.

UNA COMEDIA SIEMPRE NUEVA

EL ALDEANO AL MÉDICO.

Señor, ya no puede más; dice que siente en la cabeza los mayores dolores del mundo.

PRIMER MÉDICO.

El enfermo es un tonto, tanto más, cuanto que, en la enfermedad de que está atacado, no es en la cabeza, según Galeno, sino en el bazo, donde debe sentir el mal.

EL ALDEANO.

No obstante, señor, siempre tiene con esto, el vientre desarreglado desde hace seis meses.

PRIMER MÉDICO.

¡Bueno! esto es señal de que se desprende lo de adentro.....

EL ALDEANO AL MÉDICO.

Mi padre, señor, cada vez está más enfermo.

PRIMER MÉDICO.

No es por culpa mía. Yo le doy remedios; ¿qué no se cura? ¿Cuántas veces ha sido sangrado?

EL ALDEANO.

Quince, señor, desde hace veinte días.

PRIMER MÉDICO.

¿Quince veces sangrado?

EL ALDEANO.

Sí.

PRIMER MÉDICO.

¿Y no se ha curado?

EL ALDEANO.

No, señor.

PRIMER MÉDICO.

Esto es señal de que la enfermedad no está en la sangre. Le haremos purgar varias veces, para ver si la enfermedad está en los humores.....

EL BOTICARIO.

He aquí el fin; he aquí el fin de la medicina.

(Molière, M. de Pourceaugnac. act. I. Scène VIII.)

«Que los tiempos.....» no han cambiado!

La comedia de nuestro inmortal satírico parece escrita ayer.

Ninguna de las rosas se ha marchitado, ninguna de sus espinas se ha embotado; tiene todavía una frescura, para hacer morir de celos á todas sus jóvenes hermanas, que nacen diariamente en nuestra escena moderna. Aunque ya un poco vieja, no se puede leer su edad en su rostro siempre tan sencillo, y siempre virgen de arrugas.

Después de las sangrias, llegan pues, los purgantes; esto tenía que ser. Puesto que el enfermo no quiere curarse por las unas es preciso ensayar los otros. Y, por otra parte, ¿que importa la elección de unas ú otros? El doctor Bosquillon, médico del Hotel-Dieu, dijo un día á sus discípulos: «¿Qué haremos hoy á nuestros enfermos?..... !Y bien! sangraremos al lado derecho de la sala y purgaremos al lado izquierdo.»

Después de haber asistido á la clínica del lado derecho, y á la prodigalidad del liquido vital, asistamos á la clínica del lado izquierdo,

y dejémonos conducir á los albañales de la terapéutica.

Quiero repetiroslo aquí; la falsa interpretación de los términos, es una causa muy frecuente de error.

De esta manera fué, como el método purgante nació de la falsa noción «de los humores.» En efecto, hay bien pocos que den á esta palabra, su verdadero valor fisiológico. Para convencerlos, examinad, un instante conmigo, el mecanismo de la digestión.

Los alimentos son ingeridos en el estómago. Después de haber sido reducidos á pasta por una operación muy particular, bajan al intestino delgado. En su paso del estómago al duodeno, la pasta alimenticia es impregnada del licor bilioso y del jugo pancreático, que le comunican nuevas propiedades. En el intestino delgado, las sustancias alimenticias sufren una elaboración fisiológica; ellas se separan en dos partes bien distintas; la parte destinada á la nutrición, pasa por conductos especiales, para dirigirse á un receptáculo particular que se convierte en el tesoro y la provisión de la vida. La otra parte, impropia á la nutrición, cae en el intestino grueso, y no es otra cosa, que el residuo de la digestión. Esto es, lo que, en la destilación, los antiguos químicos llamaban: «cæput mortuum.»

Es, en fin, la parte que rehusa nuestro organismo, y arroja todos los días de esas últimas vías, como un cuerpo extraño.

Guardáos pues, de llamar humor, en singular ó en plural, á ese residuo, á ese cuerpo extraño, y acostumbraos á no mirarle sino como una cosa inútil y exánime.

Esta reflexión se aplica generalmente á todas las materias que son expulsadas de los conductos, ó de la superficie del cuerpo, por la vía de la excreción. No lo olvidéis.

Entonces ¿qué se debe entender por humores?

Ya habéis visto en nuestras primeras conferencias que el cuerpo humano está compuesto de sólidos y de líquidos. Pues bien, todos esos líquidos, forman lo que se debe llamar, los humores, en el verdadero lenguaje fisiológico.

La antigua escuela griega, representada, sobre todo, por Galeno—en cuanto al objeto de esta discusión—dividió á los humores en cuatro especies: la sangre, la pituita, la bilis y la melancolía ó atrabilis. Ella consideraba á la sangre, como á un humor rojo, caliente y húmedo; á la pituita, como á un humor blanco, frío y húmedo; á la bilis como á un humor amarillo, caliente y seco; y á la melancolía ó atrabilis, como á un humor negro, frío y seco. Los remedios que tenían la

la propiedad específica de evacuar á esos diferentes humores, recibierod también nombres específicos correlativos; según que ellos, arrojaban á la bilis, á la serosidad, á la atrabilis ó á la pituita, ó en fin, á todos los humores reunidos, se les llamaba: cholagogos, hydragogos, melanogogos, phlegmagogos, y penchymagogos.

Qué lástima, para nuestra literatura médica, que esos términos tan eufónicos se hayan arrojado al deshecho, como esas piezas de moneda vieja cuyas dos superficies lisas y limadas por el uso, no presentan ni emblema ni efigie.

El uso de los purgantes remonta hasta la más remota antigüedad, y, como para la mayoría de los pretendidos medios derivativos, se encuentra su origen, en los antiguos tiempos de las fábulas terapéuticas. Ya se abusaba en la época de la escuela hipocrática, y el padre de la medicina reprendía fuertemente á los Cnidianos, porque los empleaban ciegamente en casi todas las enfermedades. El sabio Erasistrato, sorprendido de los inconvenientes inmensos de ese sistema ya general, llegó hasta á proscribir el uso de los purgantes, «porque al alterar los humores, hacían mucho más mal que bien, y podían engendrar muchas enfermedades perniciosas.»

Pero desdichadamente Galeno, que había preconizado la sangría, debía también resucitar y poner en boga á los purgantes, y á tantos otros medios llamados, con ó sin razón, heróicos.

El célebre médico de Pérgamo, al trasplantar todos esos sistemas al campo de la terapéutica, los regó con la sangre y el sudor de los pueblos. Su gérmen se ha desarrollado mucho, y, si la sombra de Galeno viniera á interrogar al polvo de las viejas generaciones, un eco fúnebre nos traería, quizás, esta terrible sentencia: «Melius esset si nunquam natus fuisset!» ¡Mejor hubiera sido que no hubiera nacido!

¡A él toca la responsabilidad de un gérmen tan fatal y de sus frutos tan venenosos!

Al principio del último siglo, los médicos se apercibieron, sin embargo, del vicio general de la polifarmacía galénica, y algunos Erasistratos modernos se permitieron oponerse al abuso sistemático de la medicina purgante. Pero esta dichosa reforma no fué de larga duración, y no faltaron «purgadores» celosos, para recalentar el querido método y reparar un sistema que agradaba tanto á los enfermos, y sobre todo á los boticarios.

¡Cosa que siempre me ha sorprendido!..... en Francia, tan perzosa en la vía del progreso médico,

es en donde principalmente estaba muerto el viejo precepto de Galeno. No se puede dirigir el mismo reproche á Inglaterra. El doctor Hamilton le protegió con todo su celo, y, en la isla Británica, el método purgante volvió á tener «días dichosos.»

¡Ay! en Francia no tardó mucho en volver á tener su antiguo domicilio. Confesemos, para vergüenza nuestra, que su reinstalación no encontró muchos obstáculos, sino por el contrario, poderosas ovaciones. La sangría «coup sur coup,» halló su representante en Bouillaud, los purgantes «coup sur coup» encontraron el suyo en el famoso Leroy.

No quiero examinar aquí cuál es la fuente de la que los humoristas exclusivos tomaron la idea radical de su sistema; sin embargo, quiero haceros conocer en algunas palabras, el fundamento del método purgante del referido Leroy.

De los árboles del Edén, de la pulpa de la manzana prohibida, de la primera digestión, es de donde nació este famoso sistema; ya veis que bajo la relación de la antigüedad, ningún otro puede hacer valer un título más legítimo.

El hombre salió puro de las manos de Dios. Su constitución, por tanto, debió haber permanecido virgen, (y siempre conforme á este

sistema, bien entendido), sin su desobediencia, los hombres jamás se hubieran manchado por el más pequeño vicio. Pero, consecuencia de su pecado fatal, decaído de su primitiva perfección vital, y sometido á la degradación, trae, al nacer, un gérmen de corrupción y corruptibilidad, trasmisible á todas las generaciones, como el principio de la existencia.

Hé aquí la palabra del enigma; ahora, ya sabéis por qué el hombre se corrompió y fué atacado de las enfermedades, y cómo la mejor manera de curarlas, es el emplear la purificación, ó si queréis, los purgantes.

Hé aquí la genealogía del método purgante Leroy. Hallaréis diluido este pensamiento en su capítulo primero intitulado: «Exposición de la causa de las enfermedades.»

¡Esto es verdaderamente divertido! y decir que el padre de semejante doctrina, el jefe de la secta «Purgante,» se ha permitido, contra la Homeopatía, las chanzonetas más insulsas, más ignorantes y más absurdas!

¡Verdaderamente es de sentirse que Leroy no haya sido el médico en jefe del Paraíso terrenal! Tan luego como la muy curiosa Eva hubiera comenzado á morder, con su blanco diente, á la pulpa del fruto seductor, él le hubiera administra-

do un buen vomí-purgante, y las entrañas de la pecadora, inmediatamente lavadas y enjugadas, no hubieran tenido tiempo de perder su pureza virginal, y por lo mismo sus hijos jamás hubieran estado enfermos, y no hubieran tenido necesidad de ser purgados!

Pero, volvamos á nuestro asunto, y escuchad bien, porque esta es la verdadera fibra de la cuestión.

No quiero volver al Galenismo, no quiero sondear las tinieblas de esta doctrina, no quiero seguir al médico de Pérgamo en sus excursiones impetuosas á través de los campos de las hipótesis. Desprecio todas las fantasmagorías teóricas que han reinado en las Escuelas, durante toda la edad media, con la filosofía de Aristóteles, quien casi las engendró.

¿Cuál es la composición de los humores? ¿En dónde están especialmente, lo seco, lo húmedo, lo frío, lo caliente, ú otros elementos semejantes? ¿Sus diferentes especies resultan de esas combinaciones imaginarias? ¿es preciso admitir la plétora de los humores, plétora biliosa, linfática, etc.?—Dejemos todas esas cuestiones y otras tantas tan fútiles, dormiren la tumba de la vieja escolástica. Hé aquí lo que nos importa examinar:

El cuerpo, es un agregado viviente, lo que quiere decir que to-

das las partes que lo componen, participan de la vida general del individuo. Cuando veis la sensibilidad de un nervio, la contractibilidad de las fibras musculares, las palpitations de los tubos arteriales; cuando veis el juego de la luz en las cámaras del ojo, las oscilaciones de la onda sonora en el laberinto del oído, la vibración de las papilas linguales por los sabores, de la membrana pituitaria por los olores, de toda la superficie del cuerpo por la corriente de todas las sensaciones; cuando veis todos esos fenómenos, veis á la vida en todas sus más puras manifestaciones. ¡Pues bien! esta vida y todas esas manifestaciones, es preciso verlas también, con la misma pureza, en los líquidos que componen á nuestro cuerpo. Estáis persuadidos de la vida de la sangre, estáis convencidos; quiero que igualmente estéis persuadidos y convencidos de la vida de la bilis, de la saliva, de las lágrimas, etc., finalmente, de todos los líquidos.

En tal virtud, sabemos bien, todas esas substancias no son elementos inertes, sino elementos vivientes, y vivientes por el mismo título que todas las partes sólidas y fluidas que componen al agregado humano, al hombre. Todos esos líquidos son los verdaderos humores, y no llaméis con ese nombre á

las orinas, por ejemplo, y a los residuos de las funciones digestivas, que la economía desecha como á cuerpos extraños.

Los líquidos de nuestro cuerpo gozan de la vida. Hé aquí una de las grandes verdades filosóficas, que el vulgo ignora, y que muchos médicos desprecian en frente de la terapéutica.

Esos líquidos vivientes tienen, pues, solos el derecho de llevar el título de humor. Hé aquí lo que es perdonable al vulgo ignorar, pero que á un médico jamás le es perdonable olvidar.

Que se vea salir pus de un centro orgánico, que se vea una gran cantidad de materia purulenta, reunida en la superficie de una úlcera, que se vea una secreción pútrida, destilada por los girones de la carne gangrenada, á todo esto se llama humores... vicio de lenguaje, error de terminología.

¿Los humores pueden ser afectados de enfermedades?

Sí, ciertamente. puesto que ellos viven. Ahora, todo lo que vive, puede enfermarse. Esto es evidente.

Pero, lo que no es evidente, al menos para todas las Escuelas, y sobre todo para la Escuela organista, es el origen de las enfermedades. Este es el punto de partida

de todas las discusiones sistemáticas.

Para nosotros, este origen desciende siempre del principio vital, y en esta vía, Hahnemann é Hipócrates marchan dándose la mano.

“La escuela de Montpellier, como la de Cos, dice F. Berard, admiten las alteraciones de los humores, pero los admiten como «efectos» de la fuerza vital.”

El profesor Alquié, comentando este principio, no hace más que desarrollar esta pivotal verdad etiológica.

«..... Con mayor razón, dice, éstas observaciones son aplicables á las escrófulas, al cáncer, á los dartros, y á la mayor parte de las afecciones morbosas, que se desarrollan espontáneamente, y sin la introducción directa de un principio morbozo en los líquidos. ¿Cual es, en efecto, la parte primitivamente alterada en la fiebre amarilla, en la peste, en el cólera morbus, en las fiebres palúdicas, en las fiebres continuas esenciales, en las neurosis, en la clorosis, en el sudor miliar, en las fluxiones y en la mayor parte de las afecciones morbosas, en las que la acción de los agentes exteriores es tan variable, tan incierta, y en las que es preciso apelar á una lesión interna y general, para concebir el verdadero origen?»

Digamoslo con anticipación: ¿por qué ante ese dogma, los prácticos de Montpellier, purgan á sus enfermos? ¿Por qué pues, ese principio vital, receptáculo etiológico de las enfermedades humorales, permanece siempre velado á sus ojos, cuando atacan los efectos, con sus evacuaciones «repetidas?»

Todas estas consideraciones generales, eran los preliminares indispensables de nuestro asunto, el que seguiremos ahora, con más facilidad, en sus diversas evoluciones.

¡Ay! en nuestros días, estamos en el tiempo de Galeno y de su humorismo. Hoy, como entonces, se purga por todo y todos los días; también hoy como entonces, purgante es el sinónimo de medicina. Cuando se ha tomado una purga, se ha tomado una “medicina.” Todo está dicho, todo está hecho. ¡Ay! ¿la medicina es tan poca cosa, que un enfermo la pueda tomar de un sorbo para lavarse el tubo intestinal?

Hoy, como entonces, no se ve en las enfermedades sino humores. Los humores son todo, y no solamente bajo el aspecto patológico, sino también bajo el aspecto moral. Los humores forman el carácter como el temperamento, y oís decir diariamente un hombre de «buen ó mal humor.»

Ejemplo universal y fatal de la fuerza de las preocupaciones. Las preocupaciones, son como esos reptiles que manchan los tejidos con una huella indeleble. Como ellos, esa preocupación ha dejado su baba, en nuestro lenguaje médico y social.

Ya lo he dicho, pero la cosa es muy importante para repetirla.

En el caso de cuerpos extraños en los intestinos, de un absceso en el parenquima pulmonar, de una substancia venenosa, ingerida en el estómago, dad un purgante, ya en poción, ya en lavativa, dad un vomitivo, no importa la forma.

Os dejo en libertad, tanto más, cuanto que en semejantes circunstancias yo no obraría de otro modo:—¿Por qué?—porque el medio es puramente mecánico. Esto, no es ejercer la medicina. Esto, es extraer un diente cariado, que el alveolo ya no consiente en alojar, esto es extraer un tapón del interior de una botella. Mas, ejercer un acto terapéutico puro, es decir, tratar á una enfermedad de origen vital, es lo que jamás haréis por medio de vuestros purgantes.

Thessalus, sabio médico de la antigüedad, y no menos partidario de los purgantes que Chryso y Erasistrato, hacía una suposición que debería servir para hacer abrir bien los ojos á los ciegos.

“Tomemos, dice, á un atleta, tal como se quiera, es decir, á un hombre el más robusto, y el más sano que se pueda hallar, y demosle una medicina purgante; veremos que, aun cuando él no tenga, antes de esto, más que salud en todo su cuerpo, lo que la medicina hará salir, estará muy corrompido. De esto inferimos, sin que se nos pueda contradecir, que aquello que sale, no estaba antes en el cuerpo de este hombre, puesto que él estaba sano. Inferimos, en segundo lugar que la medicina ha hecho dos cosas en este encuentro: la primera, cambiar en podredumbre ó corromper lo que antes no estaba corrompido; la segunda, hacer salir aquello que contribuía á la salud y á la fuerza de este hombre.”

He aquí, una explicación que, todo el mundo puede comprender. He aquí, una verdad que, por sí sola, debería bastar para expulsar y destruir todas esas viejas y carriadas preocupaciones. ¡Pero, no; á pesar de las aserciones serias de la ciencia, á pesar de las justas sátiras de la comedia, á pesar de las lecciones cotidianas de la experiencia, siempre se ven humores por doquiera, siempre materias peccantes! Leroy, será inmortal como Hércules, por haber limpiado los establos de Augias, y, conforme á su sistema, respecto á la corrup-

ción general de los hombres, es preciso purgarlos, y purgarlos necesariamente, puesto que está escrito «que nada impuro entrará al reino de los cielos.»

Hipócrates, Celso y Asclepiades, no usaban sino raras veces de los purgantes. Plinio, mira á las medicinas, en general, como enemigas del estómago, y con mayor razón á las evacuantes, y Plutarco hace resaltar su inutilidad en una broma de las más espirituales.

«Si se hallase una ciudad en Grecia, dice el inmortal historiador, que estuviese demasiado cargada de sus habitantes, ó de griegos naturales, y que se hiciera venir á los Arabes y los Escitas, esto parecería muy ridículo á todo el mundo. Por tanto, este es el mismo error en el que caen aquellos que, con el pensamiento de hacer salir de su cuerpo á las superfluidades que allí se encuentran naturalmente, introducen en él drogas extrañas y nocivas, ó almódotes de composiciones de boticarios, cosas todas que, tendrían más bien necesidad de ser purgadas y purificadas ellas mismas, para que se les atribuya el poder de purgar á nuestros humores.»

¡He aquí una de esas sátiras chispeantes de verdad!

La sangre, lo sabéis, jamás está ni corrompida, ni en demasiada

cantidad. Igualmente, los humores nunca están viciados por sí mismos, y jamás superabundantes. ¿Hasta cuándo estos principios elementales de la medicina serán tomados en serio?

Ved á un niño enfermo de la dentición. Una saliva ardiente corre sin cesar de su boca inflamada, sus pañales están sucios de un flujo impuro casi continuo, y su madre ve todo esto con felicidad, imaginándose que la enfermedad es destilada por esas favorables excreciones, y en algunos días, el pobre enfermito está agotado, y va, «muy purificado» á la mansión de los ángeles.

Ved á un tísico que tose y expectora noche y día:—¡Bueno, dice, «esto es señal que se despaende lo de adentro!»

Ved á un hipocondriaco quien, para pulir sus intestinos y cuidar el barniz de su salud, toma un purgante, creyendo evacuar su bilis y su pituita; y cuando ha producido un residuo muy copioso, ¡bueno, dice, «la materia es laudable!»

Voy por un instante á detener vuestra atención, sobre algunas líneas llenas de verdad, extraídas del artículo «purgantes» en el Diccionario universal de materia médica, redactado por los señores Merat y de Lens.

«El público,—dicen estos dos

«Académicos—es muy inclinado á emplear los purgantes; para él, «todas las enfermedades estando formadas por los humores, siempre que haya evacuaciones, creará en su curación; ha conservado bajo este respecto, las ideas de los médicos contemporáneos de Guy-Patin. Es muy frecuente encontrar personas que se purgan por «precaución,» como ellas dicen, «y para no estar enfermas, lo que produce á menudo un resultado contrario. Apenas ha nacido un niño, cuando se le dan purgantes para evacuar su meconio, el cual sale muy bien solo, ó con una poca de agua azucarada, y mejor todavía, con la primera leche de la madre; si hay cólicos, pronto se le dan purgantes que los redoblan. Un poco más grande, no se les economizan, en vez de arreglar su nutrición, casi siempre más fuerte, lo que es una de las fuentes más comunes de las enfermedades en ellos; los adultos, pero sobre todo, los ancianos, no se les pasan sin purgantes, y «turban frecuentemente un buen estado de salud con su administración intempestiva.»

Y ciertamente no solo el buen pueblo es el que abriga esas viejas preocupaciones. Desdichadamente los médicos se deslizan como él en el abismo.

Conoci á un antiguo oficial de sanidad, que debía ser un excelente Galenista. Frecuentemente le veía sentado á la puerta de su casa; —«Todas las mañanas, me decía, fumo mi pipa, para evacuar la pituita.»—Esta frase era siempre nueva para él, pues olvidaba haberme la repetido la vispera. Le perdoné esas ideas, perdoné á sus pasos el ser vaciantes y estar en retardo, en la vía del progreso. Era muy viejo!!! ¡Pero, cómo excusar tan crasas paradojas, en los jóvenes médicos quienes, saliendo calientes del seno de las Escuelas llamadas progresistas, se dejan todavía arrastrar á remolque por el viejo navío Galénico, buque que, desechando el hélice y el vapor, no marcha sino á merced de las velas, y se halla siempre sometido á la rosa de los vientos!

Hay, pues, también, purgantes precautorios y de hábito. Hay también alucinados que se purgan regularmente en tal ó cual circunstancia, en tal ó cual estación, á lo menos una vez al año, muchos todos los meses, y algunos todas las semanas. Ellos deshollinan la chimenea de su tubo digestivo, y creen, de esta manera, darse un seguro contra incendio. ¿Saben ellos, acaso, que un purgante tiene por efecto inmediato la irritación de la mucosa gastro-intestinal?

¿En efecto, qué cosa es un purgante? Porque, en fin, es preciso decirlo.

¿Habéis alguna vez recibido en los ojos un líquido acre, ó un polvo irritante, como algunas gotas de vinagre, ó una toma de tabaco, por ejemplo? Ved inmediatamente qué cantidad de lágrimas se escapan de los párpados é inundan las mejillas.

¿Habéis visto á los racimos de uvas acumulados en una prensa? A medida que el peso de la pesada plancha baja y los comprime, sale el vino negruzco de todas las grietas de la masa aplastada.

Hé aquí la imagen de las acciones purgantes.

Un purgante, es una substancia venenosa que, introducida en las vías digestivas, perturba desde luego al principio vital, determina en seguida una irritación de toda la mucosa gastro-intestinal, pone en desorden á todos los órganos simpáticos de los intestinos, y ocasiona una secreción más abundante de los líquidos producidos por todos los aparatos perturbados.

Ahora bien, creéis que semejante maniobra sea siempre inocente, y que sus efectos no excedan jamás á la previsión del médico?

Deseo transcribiros un fragmento de una excelente obra del profesor Barbier (de Amiens.) En sus

consideraciones generales sobre los purgantes, dió de su acción la descripción más justa y más perfecta.

Escuchad:

«Es, pues, una irritación moderada y pasajera de las vías digestivas, lo que constituye la purga, y el agente catártico no es sino un cuerpo dotado de la facultad de determinar esta irritación. Su contacto con la membrana mucosa de los intestinos, determina súbitamente los efectos siguientes: los vasos capilares que forman sobre su superficie una red tupida se dilatan, llenándose de sangre; esta membrana se hace más roja, más sensible, más caliente. La exhalación serosa, que habitualmente humedece el canal alimenticio, toma una actividad singular, es una lluvia que inunda á la cavidad intestinal. Las criptas mucosas que cubren á esta membrana, trabajan más pronto, y suministran en pocos instantes muchas mucosidades. La acción irritante de los purgantes sobre la extremidad del conducto colédoco determina otros movimientos orgánicos; hace entrar al hígado en una especie de turgencia; este órgano apresura su acción secretoria, y la bilis fluye con abundancia; el páncreas estimulado simpáticamente por la agresión ejercida sobre su conducto excretor,

«suministra también un producto más considerable.»

Un poco después, el profesor hace esta reflexión muy juiciosa:

“No se debe creer, sin embargo, que los diferentes purgantes que se comprenden bajo estos títulos, obren todos de una manera idéntica, y que se pueda producir con ellos irritaciones ligeras ó fuertes, disminuyendo ó aumentando la dosis de estos agentes.”

Algunas líneas adelante de esta seria advertencia, leemos:

“Se sabe que, si la irritación purgante es muy profunda, muy violenta, si sobre todo, dura mucho tiempo, forma una especie de enfermedad que se llama superpurgación (hypercatharsis.) Evacuaciones alvinas que se repiten sin cesar, y que extenuan al individuo purgado, retortijones violentos, calambres en las extremidades inferiores, angustias, agitación, frecuentemente un movimiento febril muy pronunciado, insomnio, al día siguiente disgusto, pérdida del apetito, digestiones muy penosas, deyecciones siempre líquidas y frecuentemente sanguinolentas. Hé aquí los síntomas ó accidentes que caracterizan á la superpurgación. Este estado verdaderamente patológico, exige la atemperación, la leche, el cocimiento de sémola, la solución de

«goma arábica..... los opiados algunas veces son muy útiles.»

El profesor mejor hubiera dicho, concluyendo: Hé aquí á una nueva enfermedad que no pedía el enfermo, y que le hemos procurado muy gratuitamente.

«Gratuitamente,» no es esta la palabra, porque en vez de una enfermedad, ahora hay dos para curar. Será un poco más larga la tarea.... y un poco más lucrativa.

Si conociérais las experiencias de Wepfer, Orfila, Graaf, Gendrin, Magendie, etc., veríais que ellos no hacen sino corroborar las aseeraciones del profesor Barbier. Leed otra vez, sobre esta materia, á Merat y de Lens, y veréis que no hay más que cambio de términos:

La observación de estos autores no recae hasta aquí, sino sobre el uso moderado de los purgantes; pero ¿qué decir del abuso enorme, increíble de estas medicinas? ¡Así, en las cartas tan picantes de Guy-Patin, se vé que en su tiempo, para desechar al «humor» pecante, se administraba en una sola enfermedad, hasta 10, 20, y 40 medicinas! Leroy confiesa, —¿qué digo? se complace en asegurar que, ha purgado enfermos durante largo tiempo, una vez al día. Un médico muy celoso partidario de su sistema, me refirió, como modelo de tratamiento heróico, haber dado,